

MARCO TEOLÓGICO-ECLESIAL

Eloy Bueno de la Fuente
Facultad de Teología del Norte de España
Burgos

Para afrontar el tema *Laicado y misión* es necesario situarlo en el marco teológico-eclesial y en el paradigma de misión universal (y de misión *ad gentes*) que se está configurando en virtud de la reflexión teológica, de una Iglesia mundial¹ y de la cultura globalizada². En este nuevo contexto se hace particularmente central y necesaria la participación de los laicos. Para ello se requiere una formación misionera y una animación misionera que se encuentren a la altura de nuestra circunstancia histórica³.

La sensibilidad misionera del pueblo cristiano ha sido profunda y constante durante las últimas décadas. Ahora bien, esta sensibilidad misionera se alimentaba de una espiritualidad y de una eclesiología propias de la época, como indicaremos. Sin embargo, esos presupuestos han experimentado una notable transformación⁴. Se requiere, por tanto, un esfuerzo teológico y pastoral para que esa sensibilidad misionera se conserve alimentándose de los presupuestos del nuevo paradigma misionológico⁵.

El cambio de paradigma debe ser valorado y comprendido desde un doble presupuesto: a) la misión universal forma parte de la

¹ F. Susaeta, *Hacia una Iglesia mundial. Retos y perspectivas*. Burgos, Monte Carmelo, 2015.

² E. Bueno / R. Calvo (eds.), *Diccionario de misionología y de animación misionera*. Burgos, Monte Carmelo, 2003.

³ E. Bueno / R. Calvo, *Animación misionera*. Madrid, Mundo Negro, 2016.

⁴ G. Colzani, *Pensare la missione*. Roma, Urbaniana University Press, 2012.

⁵ *Por una pastoral para la nueva misión universal*. Estudios de Misionología 11. Burgos, Facultad de Teología, 2002.

identidad de la Iglesia, si bien va adoptando figuras diversas a lo largo de la historia; podríamos utilizar la comparación de una misma melodía interpretada en múltiples variaciones; la Iglesia ha realizado desde el inicio una misión con perspectiva universal, aunque se haya designado y denominado de modos diversos; b) la figura de la misión y la figura de la Iglesia se implican y condicionan recíprocamente⁶ (una Iglesia clerical genera un tipo de actividad misionera); la Iglesia, siendo la misma a través de la historia, va adoptando figuras diversas (de modo análogo con la persona desde su nacimiento hasta su ancianidad); en este dinamismo, la acción misionera de los laicos repercute en la figura de la Iglesia, haciéndola menos clerical, pues en una Iglesia clerical el protagonismo y la «representatividad eclesial» la asumen los ministros ordenados y los consagrados.

1. Horizonte: la relación Iglesia-misión como punto de partida

La misionología, como especialidad teológica, se consolidó a principios del siglo xx para estudiar la realidad de las misiones, que tanta pujanza había adquirido a lo largo de la época moderna. La misionología surgió junto a una eclesiología ya constituida (que no había sentido la necesidad de destacar la impronta misionera). Desde este planteamiento, la misionología y la eclesiología se podían pensar de modo paralelo, del mismo modo a como la Iglesia y las misiones eran consideradas de modo diferenciado o paralelo.

La constitución de la misionología fue un paso necesario y positivo, pues reconocía el éxito del enorme esfuerzo misionero de la Iglesia: existían múltiples misiones en el mundo entero, una realidad nueva que no podía quedar al margen de la reflexión teológica y canónica. Ahora bien, este tratamiento se realizaba

⁶ S. B. Bevans / R. Schroeder (eds.), *Teología para la misión hoy. Constantes en contexto*. Estella, Verbo Divino, 2009.

desde un paradigma de la misión universal de la Iglesia que puede ser sintetizado en una fórmula que se hizo popular: las «misiones extranjeras». Este modelo, ya desde su origen, contenía los gérmenes de interrogantes que desembocarán en un cambio de paradigma: ¿cuál es la relación exacta de *las misiones* con *la misión* de la Iglesia?, ¿hasta qué punto las misiones (y la actividad misionera que las hace nacer) forman parte del ser de la Iglesia?, ¿podría darse la hipótesis de Iglesias locales sin actividad misionera en sentido estricto?

«Misiones» designaba una serie de actividades de la Iglesia realizadas en territorios lejanos (criterio geográfico) protagonizadas por los misioneros (fundamentalmente religiosos y, en menor medida, presbíteros), con los cuales el pueblo cristiano cooperaba (con su oración y su aportación económica); era una perspectiva unidireccional, acorde con el contexto histórico eurocéntrico y colonial de la modernidad europea; en consecuencia, existía la tendencia a «trasplantar» a otros continentes la figura de la Iglesia occidental y latina (la posibilidad de la «inculturación» quedaba fuera de aquel horizonte mental, aunque paulatinamente se empezaría a hablar de adaptación o acomodación); las Iglesias de antigua cristiandad eran las que aportaban algo, mientras que no había espacio para comprender que también podían enriquecerse con los dones de los otros.

Esa figura de la misión iba unida, al menos implícitamente, a una determinada figura de Iglesia y a la eclesiología subyacente. La Iglesia era vista, podríamos decir, como realidad o institución «previa» a la misión; el interés de la eclesiología se centraba en la dimensión societaria, en la atribución de tareas y de competencias, en la celebración de los sacramentos, en la predicación de la doctrina y en la defensa de la moral (que Congar denominaría como «jerarcología»). «Las misiones» eran algo posterior, un esfuerzo magnífico, pero añadido posteriormente, protagonizado por «especialistas» (consagrados y ordenados), mientras que los laicos no podían asumir más que un papel «auxiliar». Era la Iglesia (fundada e instituida por Cristo) la que «tenía» una misión dirigida a los de lejos, a los de fuera.

2. La inflexión: la misión llama a la existencia a la Iglesia

A mitad del siglo ^{xx} (desde los años cuarenta), la situación del mundo y de la Iglesia obligó a mirar de otro modo la actividad misionera. Se inicia lo que ha sido considerado como cambio de paradigma⁷. El proceso se produjo tanto en el ámbito ecuménico como en el católico. El paradigma moderno y colonial iba a dejar paso al paradigma posmoderno y poscolonial. Dos acontecimientos eclesiales pueden servirnos para enmarcar esta evolución: el Congreso de Edimburgo y el Concilio Vaticano II, considerados de modo general como los dos grandes eventos del mundo cristiano en el siglo ^{xx}.

Los protestantes constataron la insuficiencia –y el fracaso– del proyecto esbozado en el Congreso Misionero de Edimburgo celebrado en 1910⁸. Esta importante reunión, por un lado, era la prolongación de Conferencias anteriores, promovidas por las agencias misioneras que con tanta fuerza se habían desarrollado en el ámbito protestante. Por otro lado introduce un aliento nuevo, unas pretensiones de mayor alcance, que se sintetizan en el lema de la Conferencia: se consideraba posible y factible *evangelizar el mundo entero en esta generación*. El proyecto se desplegó con plena confianza, ya que se contaba con la superioridad de la civilización occidental y con sus recursos técnicos y económicos. En la práctica, la obra evangelizadora iba unida al objetivo de prolongar a nivel universal un tipo de civilización. Desde este punto de vista, Edimburgo 1910 sintetiza el paradigma «moderno» de la misión⁹.

Ese optimismo tuvo que reconocer su fragilidad. Esta constatación hizo que la misión tuviera que situarse bajo la cruz (Conferencia misionera de Willingen, 1951): las Iglesias no habían

⁷ E. Bueno de la Fuente, *La Iglesia en la encrucijada de la misión*. Estella, Verbo Divino, 1999.

⁸ K. Kim / A. Anderson (eds.), *Edinburgh 2010. Mission Today and Tomorrow*. Oxford, Regnum Books, 2011.

⁹ D. A. Kerr / K. R. Ross (eds.), *Edinburgh 2010. Mission Then and Now*. Oxford, Regnum Books, 2009.

conseguido frenar la violencia de los países cristianos en dos terribles guerras mundiales, habían extrapolado a otros continentes las divisiones entre las Iglesias, habían tratado con paternalismo a las nuevas comunidades eclesiales, debieron padecer la parálisis de la misión en China, también en Europa se insinuaban los sín-tomas de la secularización, progresivamente se perfilaba un enorme proceso descolonizador con la consiguiente afirmación de nuevos sujetos políticos y culturales... Estos factores estaban configurando un escenario nuevo para la Iglesia y para su misión universal.

Entre los católicos también se fue tomando nota de nuevas realidades y urgencias. Iba surgiendo una nueva autoconciencia, tal como se va manifestando en las encíclicas misioneras de los papas a lo largo del siglo xx: se potenciaba el clero nativo y, en consecuencia, la consolidación de Iglesias locales; se iba teniendo experiencia de «eclesiogénesis» a medida que se consagraban obispos no occidentales; la acción misionera reclamaba la participación de los laicos en campos específicos de la acción de la Iglesia; se urge el compromiso y la implicación de todas las diócesis; situaciones de emergencia (como el caso de África) suscitan un esfuerzo suplementario de implicación; se van percibiendo los desafíos de la inculturación en la implantación de la Iglesia; también en Occidente se van creando situaciones misioneras... Todos estos factores van haciendo ver la limitación de los esquemas anteriores.

En medio de las tensiones (entre la constatación de la gran tarea realizada por un lado y los riesgos y los fracasos, por otro) se produce la gran inflexión: *la misión antecede a la Iglesia*, el origen de la misión se encuentra en Dios (*missio Dei*). La misión se coloca en el punto de partida y en el centro, y la Iglesia se encuentra a su servicio. El Dios misionero (la misión de Dios) llama a la Iglesia a la existencia para que se prolongue la iniciativa del Dios misionero; las «misiones» son modos concretos de realizarla; estas misiones en realidad deben ser consideradas como Iglesias, las cuales deben asumir su responsabilidad en la evangelización del mundo (protagonizada por todas las Iglesias en *partnership*, en comunión); las sucesivas Conferencias misioneras van percibiendo